

28-9-79
nº 1613

TEATRO

Jaume Melendres

Terror y grandeza de la incertidumbre

La nueva temporada en Barcelona: Todo para el niño

La que ahora empieza va a ser, probablemente, la Temporada Teatral del Niño. Hoy, al menos en Cataluña, el niño es lo que da dinero a la profesión teatral. Esporádicos contratos en RTVE permiten pagar las grandes deudas atrasadas, pero son los niños los que llenan la despensa cada día, los que permiten viajar en autobús con dignidad y tomar de vez en cuando un taxi (si se trata de trayectos cortos), o comprarse unos jeans.

Han surgido en los tres últimos años grandes e inesperadas vocaciones hacia el teatro para niños y adolescentes. Felizmente, nadie se toma la molestia de justificar «teóricamente» este súbito interés. Felizmente, no hay cinismo alguno en esta cuestión. La mayor parte reconocen que hacen teatro infantil para comer. La Caixa, como su nombre indica, paga. Hemos descubierto otro continente inexplorado, inexplorado. Al menos en el campo teatral, sí puede afirmarse que los padres viven de sus hijas y de los hijos de sus vecinas.

Es imposible prever cuáles van a ser, a largo plazo, las consecuencias de esta situación. Puede que se esté construyendo un público o, a la inversa, puede que se esté destrozando el mercado del futuro. Nadie lo sabe todavía. Lo grave es que nadie se lo pregunte.

Pero se observa, en el corto plazo, una notable deserción por lo que se refiere al teatro para adultos. Po-

cas veces, a estas alturas del calendario, ha sido tan grande la incertidumbre acerca de lo que va a ser la temporada de otoño, invierno y primavera.

Tan sólo se conoce con seguridad la programación del Lliure, que por algo es el más estable de nuestros frágiles teatros. Se trata de una programación cuantitativamente más modesta que en los años anteriores, porque los del Lliure se van a Madrid durante seis semanas, llamados por Núria Espert, y también porque van a dedicar parte de sus esfuerzos a un espectáculo infantil, confirmando así la norma general.

Todo lo demás se escribe con interrogante.

El nuevo responsable del Romea, Gual (ni Municipio ni Generalitat), llena sus primeros huecos con dos repeticiones: «L'Espantu», a partir de textos de Juli Vallmitjana, actualmente en cartelera, y el «Hamlet» de Planella. Luego vendrá un estreno de verdad; «Descripció d'un paisatge», el mejor texto jamás escrito por Josep M. Benet i Jornet. Después, no lo sabemos.

El teatro Barcelona mantiene su vieja costumbre de no facilitar programación ninguna. Es el prototipo del teatro comercial en el sentido más pecuniario de la palabra. No invierte ni un duro en lo que ahora llamamos infraestructura. Se tambalean las butacas del patio, se agrietan los techos, pero tienen a Manolo Escobar, que barre con creces el déficit anual. Y, además, el Barcelona no necesita planificación. Es un teatro bien relacionado con Madrid y allí se suministra para encontrar espectáculos con la rapidez que exige el éxito o el fracaso de los anteriores.

La Sala Villarroel también es. cautelosa en sus

anuncios. Ahora nos trae una obra de la que ni siquiera se dice su autor, montada por un grupo nuevo, con profesionales de distinta procedencia. Y luego vendrán otros grupos del exterior porque, hasta el momento, no tienen ofertas de grupos catalanes. Están todos en la cosa infantil.

Incluso el Teatre Nord de la Ciutat, alias TNC mantiene, hasta hoy, un estricto silencio en materia de teatro para adultos. Bueno. Y, además, José Luis Gómez, desde el Centro Dramático de Madrid, con sede en la nación, se nos lleva a uno de los nombres clave del TNC, Alfred Lucchetti, durante cuatro meses. Puede que esto no sea una operación maquiavélica para desmembrar a un colectivo que lleva tres años luchando por la estabilidad en un barrio de gran tradición teatral, pero mal comunicado con el centro de la ciudad. Puede.

Pero Madrid, ciertamente, ayuda a los actores catalanes siempre y cuando vayan a Madrid.

Porsupuesto, no estoy haciendo un reproche moral a Alfred Lucchetti, sino un reproche político al Ministerio de Cultura. Este Ministerio que, en sus declaraciones programáticas, dedica más espacio al mundial de fútbol que al teatro en general. Este mismo Ministerio que se niega a traspasar competencias y que va a renovar las instalaciones técnicas de RTVE, no para que los contribuyentes gocen de un mayor confort visual, sino para ofrecer una imagen técnica y políticamente avanzada al mundo entero, es decir, a los espectadores de los gobiernos que ayudan a UCD.

Esta temporada, pues, se abre bajo el signo de la incertidumbre.

Pero la incertidumbre es el signo externo del cambio.

TV.

Jaume Genover

Yo maté a Kennedy



«El juicio de Lee Harvey Oswald»

En las últimas semanas han coincidido en «Grandes relatos» dos series cuyo carácter bascula entre lo coyuntural y lo oportunista. La primera de ellas, «El secuestro de Patty Hearst», presentaba el famoso y polémico caso desde una perspectiva tan falaz como mentirosa. La pobre heredera secuestrada y drogada por los malvados guerrilleros urbanos, que se unía a su causa después de un lavado de cerebro, resultaba tan escasamente verosímil como sumamente irritante. Quedaba demasiado clara la operación publicitaria de rehabilitación emprendida por el clan Hearst. Pero al mismo tiempo llegaba a molestar la mentira sublimizada que suponía el telefilm.

Ahora nos ha llegado «El juicio de Lee Harvey Oswald», toda una pirueta de política-ficción en torno al posible juicio que hubiera sufrido el presunto asesino del presidente Kennedy en el caso de no haber sido oportunamente eliminado a las pocas horas de su detención. Todo es posible en la especulación sobre un hecho que al cabo de los años aún no está satisfactoriamente resuelto, pese al sospechoso informe Warren. Es por esto que las posibilidades del telefilm eran infinitas. Se rechazó el susodicho informe a la hora de redactar el guión, puesto que hubiera sido demasiado evidente la intencionalidad de la obra y se hubiera vendido francamente mal.

Así las cosas, se optó por un camino progre pero dentro de un orden. A lo largo de los dos primeros episo-

dios de la serie se han ido acumulando dudas y puntos oscuros en torno a la culpabilidad de Oswald y a si formaba parte de un complot o simplemente fue utilizado por el mismo. Veladas alusiones al FBI y la CIA van apareciendo a lo largo de la narración. Cierto es que nunca se supera el grado de alusión, todo se va atando bien atado para que ninguna sospecha llegue a verificarse.

Cierto es que hablamos de una serie de la que aún no conocemos el desenlace, que será la medida exacta de su valor y su honestidad. Pero en inventos de este tipo se suele partir de un hándicap difícilmente superable. Si se condena a Oswald se habrá hecho el juego a los informes oficiales, se habrá servido la verdad más cómoda y fácil. Si se le absuelve, deberá servirse una explicación mínimamente coherente, con nombres, apellidos y hechos. En este caso, la ficción no puede servir de coartada para evadirse de una realidad que, a fin de cuentas, es la que nutre toda la dinámica del telefilm.

Es por todo esto que «El juicio de Lee Harvey Oswald» nos parece una serie tramposa y casi nos atreveríamos a asegurar que su desenlace va a resultar una componenda muy poco convincente. Se oficia como una ceremonia de la confusión a añadir a la confusión reinante sobre un caso no resuelto, y que en todo caso ninguna televisión podrá resolver por sí misma, por más demagogias sobre el cuarto poder que se hagan.